

UNA CONSTANTE EN EL PORVENIR DE MARRUECOS

LA inquietud que por su zona de Protectorado siente Francia es un hecho que no se limita a los sucesos acaecidos en Casablanca y Beni-Melal en el pasado diciembre. Es mi propósito rehuir cuanto sea posible un retroceso a través de lejanos acontecimientos en busca de la causa de los efectos a que asistimos. La causa, sólo la Historia, tal vez, podrá determinarla en su día. Por tanto, únicamente señalo que existe en la nación vecina la tendencia oficial a vincular esa inquietud con las manifestaciones del Presidente Roosevelt en ocasión de su viaje a Marruecos en 1942. No hay inconveniente en aceptar en parte esta justificación, es decir, considerando este momento histórico como la simple iniciación de una nueva fase del nacionalismo marroquí, cuyo punto de arranque formal es el Dahir Be-reber de 1930. Ni de pasada pretendo relatar las vicisitudes de un nacionalismo encaminado en su primera expresión a ajustar la administración marroquí a los términos del Tratado de Protectorado de 1912, o sea a poner coto a la creciente tendencia francesa a la administración directa, hasta que en 1942 los norteamericanos desembarcaron en Marruecos. Este hecho, de trascendental importancia para el desarrollo ulterior del nacionalismo norteafricano, las palabras del Presidente Roosevelt y la Carta del Atlántico hicieron más que dar nueva vida a un nacionalismo adormecido desde 1937, después de las detenciones o deportación de unos 2.000 nacionalistas. Hicieron que al nacionalismo intelectual y sentimental, pero algo carente de estructuras doctrinarias de antes de la guerra, siguiera una noción más precisa de lo que se quería y el hallazgo de los moldes en que podrían encajarse las ideas que bullían en los cerebros juveniles y en los corazones ardientes. Son tres hechos principales,

pues, los que fueron catalizando unos anhelos sinceros, pero inconexos, y no sólo las palabras del Presidente Roosevelt, como se pretende subrayar con el propósito de dejar en muy segundo término la acción de los dos restantes en que tuvo parte directa Francia. Estos tres hechos, sumados a las manifestaciones en pro de la libertad y la democracia, que fueron el *leitmotiv* de la Resistencia, hicieron que en adelante fuera el odre democrático occidental donde los nacionalistas marroquíes se esforzaran por verter el vino de un nacionalismo presto a fermentar y a agriarse, como consecuencia de una lucha desigual; no siempre centrada en lo que respecta a Marruecos en la oportunidad política internacional, pero sincera y que ha sido seguida de modo comprensivo desde Francia, y no precisamente por sectores de la opinión que sean de disciplina comunista (1).

Sin embargo, sólo dialécticamente han tenido importancia estas divergencias entre sectores de la opinión francesa muy dignos de ser tenidos en cuenta y la acción gubernamental, hondamente influida por los colonos y el nutrido grupo de quienes sin ser colonos practican la colonización financiera de los territorios ultramarinos. Donde el divorcio entre las opiniones ha trascendido al terreno del hecho práctico ha sido en la postura adoptada por el Sultán frente al poder francés, particularmente con ocasión de su viaje oficial a Francia (8-14 de octubre de 1950). Fué entonces cuando el Sultán adoptó oficialmente el punto de vista fundamental del Istiqlal, que es la anulación del Tratado de Protectorado de 1912, frente al Gobierno francés aferrado a la táctica dilatoria de proponer la creación de una Comisión Mixta para estudiar el asunto. Pero no hay Comisión que pueda actuar efectivamente prescindiendo de un acuerdo mínimo de base. Y éste no existió ni un solo instante, pese a la sa-

(1) *Marchés Coloniaux du Monde*, 19 de abril de 1952, artículo de M. PIERRE CHAULEUR.

Marchés Coloniaux du Monde, 24 de mayo de 1952. En un artículo titulado «Régler la question tunisienne en réalisant de suite une entente défensive franco-marocaine», firmado por el director de este semanario, M. RENÉ MOREUX, ex Consejero de la Unión francesa, se leía en particular: «... hallar inmediatamente para Marruecos una solución generosa y pensada que al no renovar el error de diciembre pasado en lo que respecta a Túnez, ponga término a las querellas ideológicas, a las discusiones de los diplomáticos esclavos de los textos y a los enredos administrativos entre Francia y un protectorado que debe ser ANULADO (sic)».

tisfacción oficial que Francia consideró oportuna manifestar ante un viaje que fué un fracaso. Sólo condujo a que S. M. Mohammed V precisara un pensamiento nada velado y muy poco en armonía con los deseos franceses por ser afín al programa del Istiqlal. Este partido nacionalista, pese a su acceso a los organismos oficiales, mantenía su punto de vista, como se vió al producirse el enojoso incidente del Consejo de Gobierno en que dos de sus miembros, Si Mohammed Lyadizi y Si Mohammed Leghzai, atacaron la gestión del entonces Residente General Juin que los expulsó del local. Ciertamente que los restantes 76 miembros marroquíes del Consejo no aprobaron la actitud del Istiqlal, incluídos los representantes de los dos nuevos partidos marroquíes, Movimiento de Unidad Marroquí y Partido Demócrata de la Independencia, rival del Istiqlal y dirigido por Hasan El Uazzani, reforzados por los dictámenes de los ulama que representan el sector tradicional de Marruecos, el viejo Marruecos. Entonces por primera vez en esta etapa de la Historia de Marruecos, El Glaui, Bachá de Marraquech, hace una estrepitosa entrada en la escena política y arremete violentamente contra el «Sultán del Istiqlal», apoyándose en argumentos contundentes, cuales son «su gente» armada, al estilo feudal; hecho éste que en modo alguno fué considerado por Francia como una sustitución de autoridad, que legalmente no podía tolerarse según los términos del Protectorado. Lo cual prueba —si no lo estuviera ya hasta la saciedad— el nulo valor que tienen los hechos en sí. La agitación del Glaui se presentó como una sana reacción del auténtico Marruecos democrático contra un Soberano de tendencias totalitarias sojuzgado por ambiciosos. De suerte que en los medios oficiales, tan vinculados a los sectores coloniales y a sus puntos de vista, el Marruecos auténtico y real resultó ser el representado por El Glaui, los ulama, los campesinos y los indiferentes. El otro Marruecos era artificial y ficticio: o sea el del Sultán y los «intelectuales», únicos nacionalistas del país, no siendo mencionados los restantes habitantes de las ciudades, ni la masa obrera, totalmente desligados de la «intelligentsia» burguesa urbana, como insistentemente han venido afirmando las versiones oficiales y oficiosas francesas relativas a Marruecos.

Por desgracia para los diseñadores de esquemas trazados a la medida de los deseos y conveniencias, el Sultán seguía siendo la suprema autoridad religiosa marroquí. Por ello, el esfuerzo del Residente

se centró durante muchos meses en conseguir que el Sultán desautorizara el Istiqlal. Era tanto como pedirle que se desautorizara a sí mismo, dada la actitud por él adoptada frente al Tratado de Protectorado, cuya abolición es base de las reivindicaciones del Istiqlal. Al fin, bajo la decidida presión francesa, el Sultán se resignó a condenar al Istiqlal, pero en forma tan ambigua que se abstuvo de nombrarlo. También firmó diversos decretos pendientes desde hacía tiempo, lo cual no impidió que posteriormente se negara a firmar el Dahir de Reforma Municipal que preveía la elección por los de franceses residentes en territorio marroquí, de Consejeros Municipales indistintos.

En este ambiente de tensión se sitúan los supuestos sucesos de Fez de marzo de 1951. Amañados con el pretexto de un incidente carente de importancia, se convirtieron en Tánger en el bombardeo de la ciudad. La noticia era falsa y poco le costó a Francia demostrarlo. Pero hace muchos años ya lo dijo un francés de gran ingenio: «Mentid, mentid, siempre quedará algo». Ese algo fué en todos los países árabes una agitación extrema contra Francia ---pegada en tiempos de ser «potencia musulmana»---, con protestas de los Embajadores árabes ante el Ministro de Asuntos Exteriores francés y dictamen desfavorable a Francia de la Universidad de Al-Azhar. El hecho que sirvió de motivo a estas manifestaciones era falso, ciertamente, pero los efectos fueron la realidad de que en adelante los cuatro partidos nacionalistas marroquíes constituyeron un Frente Nacional, después del Pacto firmado en Tánger el 9 de abril de 1951, y que el mundo árabe se preocupó fraternalmente de ese pariente hasta entonces un poco lejano que era Marruecos. Francia reaccionó empezando a esgrimir el argumento de que ningún país árabe, u otro, tenía autoridad para inmiscuirse en asuntos que consideraba de su exclusiva competencia, puesto que se trataba de un país a ella ligado por los términos de un Tratado de Protectorado que, excusado está el decirlo, constituye un documento de vigencia indefinida, como sucede al Tratado del Bardo y a la Convención de La Marsa. Respecto a esta afirmación de exclusiva competencia, no deja de ser el argumento algo especioso ya que Francia, en desacuerdo con el principio en cuestión, no se ha mostrado tan recelosa ni deseosa de habérselas a solas con sus dificultades en los Estados Asociados de la antigua Indochina, donde ha hecho un esfuerzo constante para

que Estados Unidos en particular se mezcle en sus asuntos, internacionalizando, por tanto, el problema. Además, en 1921, admitió un fallo del Tribunal Permanente de Justicia Internacional en el que se consideraba que el régimen de nacionalidad en Marruecos y Túnez no era por sí «cuestión puramente doméstica».

A pesar de los argumentos jurídicos de que Francia se pertrechó, en la VI Asamblea de las Naciones Unidas, a finales de 1951, los países árabes presentaron una petición para que se investigara si en la zona sultaniana «se respetaban los Derechos del Hombre», paradójicamente codificados en casa por la nación protectora. En la VI Asamblea no prosperó esa petición, pero sólo con su admisión ya se había dado un paso hacia la internacionalización de un problema que la nación vecina se esforzaba por constreñir al área de lo doméstico y, en todo caso, por desligar de los asuntos que directa o indirectamente afectan al Mundo Árabe. Uno de los argumentos más utilizados en este período con tal fin, tanto para Marruecos como para Túnez, era que los marroquíes y los tunecinos son bereberes, a lo sumo bereberes arabizados y que en modo alguno podían formar parte de la Arabidad. Luego, el interés de los países árabes por el Norte de Africa era puro deseo de sembrar cizaña y oficiosidad oportunista (2).

(2) Es cierto que pasado al tamiz de un minucioso examen etnológico, el término «Arabidad» no tiene mucho mayor fundamento que el de «Latinidad», tan propio, sin embargo, para centrar los propósitos de amistad periódica con España, Portugal, Italia y eventualmente Hispanoamérica, o sea, América *Latina*. ¿No es la «Latinidad» de estos pueblos algo meramente cultural o idiomático, totalmente al margen de la etnografía? Los bereberes puros, islamizados a falta de ser arabizados, con su *tamezīg* o su *chelja* no son argumentos de peso. Nuestros vascos, de misteriosa habla sin raíz alguna latina no estorban el ingreso de España en la «Latinidad», y tampoco los indios puros de Hispanoamérica. Avéngase, pues, Francia, antigua Galia poblada de tribus de origen celta o ibérico y luego invadida por los francos y otros germanos, tocada por la gracia de la cultura y el Derecho romanos y de habla derivada del latín, a que los marroquíes y tunecinos, bereberes islamizados o arabizados, se consideren vinculados a la Arabidad por el lazo religioso que al mismo tiempo es lazo idiomático, al menos para la oración, como se consideran vinculados a la Hispanidad. Así lo recordó S. M. Mohamed V a los delegados hispanoamericanos de la O. N. U. en su visita a Marruecos, diciéndoles en esta ocasión: «La civilización hispánica constituye el marco de nuestra propia civilización árabe, como nuestra civilización árabe

Aunque al rechazar la ONU la propuesta árabe, la tesis francesa resultó ser aparentemente victoriosa, de hecho la personalidad de Marruecos en cuanto nación había sido recordada al mundo. Por ello, el problema se afianza más en el plano de lo internacional cuando en 21 de agosto de 1952 el bloque árabeasiático adopta la decisión de apoyar a Marruecos en la ONU. Tal decisión no alteró la pasividad de Wáshington por ese sector del mundo «colonial» que agitan la prensa y sectores políticamente poco operantes estadounidenses. Ciertamente es que la cesión de bases navales y aéreas en Marruecos (3) y posteriormente la decisión del Tribunal Internacional de La Haya en 1952 daban seguridades estratégicas y económicas que permitían a los intereses de Estados Unidos no tropezar directamente con los crecientes intereses de Francia en su Zona de Protectorado.

Porque pese a la delicada situación política de Marruecos, que desde años viene acusando inquietud, es de subrayar que Francia no ha frenado en lo más mínimo su actividad con vistas al equipamiento, puesta en marcha y explotación económica del país. Es este un aspecto de la cuestión que completa la explicación que todo espíritu objetivo trata de hallar, al ver cómo cada acontecimiento que se suma a los anteriores acusa el endurecimiento de una política que sólo debería tender a una colaboración, que por desgracia, no pasa de ser en lo efectivo fórmula de cortesía y párrafo de discursos. Por este motivo, el problema de Marruecos no puede ser abarcado en su totalidad si se le sitúa exclusivamente en el terreno de la pura política, o sea el de un forcejeo con vistas a una independencia prematura, a juicio de Francia. La resolución del problema de Marruecos está sumamente condicionada por factores económicos apenas mencionados, pero que revelan su imperiosa presencia en los esfuerzos gubernamentales franceses para aplicar reformas sin consecuencias para los intereses de presente y futuro; y también en la

constituye el de vuestra propia civilización hispana». Vid. Brémond: «La Berbérie est un pays européen».

(3) Las bases navales de Casablanca y Port-Lyautey y las aéreas de Novaceur Sidi-Sliman, Mechra-Bel-Kasiri, Louis-Gentil y Ben-Guérir, cesión a las que se opuso el nacionalismo «porque el pueblo marroquí no podía aceptar estas instalaciones impuestas en su suelo»; *Parisien Libéré* del 23 de septiembre de 1952.

actitud de un sector de población marroquí que, en efecto, ha crecido en poder y en fortuna merced a la presencia francesa. Por ello, desentenderse de este aspecto fundamental del problema en favor de otro más espectacular, cual es el deseo de independencia y la resistencia de Francia a conceder hasta un atisbo de la misma, es brindar una visión truncada y, por consiguiente falsa, sobre un hecho cuya reciente agudización no pasa de ser una fase del proceso que no es específicamente «nacionalista», es decir, político, sino también económico y social.

El argumento incontrovertible de las cifras es demasiado tentador para rehuir su mención, cuanto más escueta más próxima a la verdad (4). Así vemos que Marruecos es el único territorio bajo administración francesa que suministra manganeso indispensable a la siderurgia y cuya producción ha pasado de 221.800 toneladas en 1949 a 334.000 toneladas en 1951. El cobalto que consume Francia procede en su totalidad del Protectorado. En 1949 la producción era de 1.700 toneladas. Ha sido de 7.000 en 1952. La producción de los «Charbonnages Nord-Africains» ha pasado de 141.000 toneladas en 1939 a 395.000 toneladas en 1951. El petróleo ha incrementado enormemente su producción: 3.200 toneladas en 1939 contra 75.700 toneladas en 1951. Los fosfatos han producido en 1951, 4.600.000 toneladas. En el orden agrícola (nos referimos a la agricultura francesa y marroquí), la superficie de cereales se ha incrementado en un 15 por 100 desde 1947. Los agrios han aumentado su producción en un 20 por 100 con relación a la campaña de 1948-49. Se han creado 197 fábricas de conservas y la superficie de instalaciones industriales nuevas en 1950 era de 300.000 metros cuadrados (5). Parte de este notable incremento de la productividad se debe al Plan de Modernización y Equipamiento que ha financiado las dos terceras partes de las inversiones exigidas para tales resultados, entre los cuales destaca la producción de energía (1939, 144 millones de kilovatios-hora; 1951, 625 millones de kilovatios-hora). Se calcula que el

(4) «Cinq ans d'exécution du Plan de Modernisation et d'Equipement de l'Union Française» (Commissariat Général du Plan de Modernisation et d'Equipement), París, 1952.

(5) Ante este desarrollo industrial mal se vislumbran las perspectivas que a España brinda el mercado marroquí, según apreciaciones subjetivas del señor SÁNCHEZ DEL ARCO (A B C, 25 de enero de 1953).

total de inversiones de 1949 a 1952 para Marruecos ha sido de 189.300 millones de francos corrientes (unos 300.000 millones de 1951), de los cuales, aproximadamente, 63.100 millones corresponden a inversiones privadas, cuya cifra no puede ser determinada con precisión.

Sólo teniendo en todo momento presente este inaudito esfuerzo financiero resulta plenamente explicable —«verdad de más allá del Pirineo»— que ante la dificultad casi insuperable de integrar a Marruecos en la Unión Francesa — como los Estados Asociados de Indochina, por ejemplo— Francia se aferre a maniobrar para mantenerse en un suelo regado por una masa ingente de capital a base de un *statu quo* o de modificaciones poco comprometedoras. Porque no se trata únicamente de las inversiones estatales, sino del capital privado que se anima tanto más a la inversión cuanto que las condiciones del desarrollo económico no se ven hipotecadas por las trabas que gravitan sobre la economía privada en la Metrópoli. En efecto, una mano de obra barata compensa el costo de la mano de obra especializada, casi toda europea, aparte de que la «juventud» del país que se procede a desarrollar económicamente es factor que hace ampliamente rentables las inversiones.

Pero este acelerado crecimiento económico de Marruecos ha activado el fenómeno de alteración radical de los supuestos sociológicos marroquíes, o sea el de una masa campesina compuesta en su mayoría de bereberes muy vinculados a sus costumbres y tradiciones (el viejo Marruecos «siba») y el de una población urbana, aburguesada, de comerciantes, artesanos y funcionarios (el antiguo Marruecos «majzen»), compuesta de escasos árabes, de bereberes arabizados y de descendientes de los moradores de Al-Andalus, más o menos insertados en la civilización occidental y en todo caso influídos en su mentalidad, costumbres y cultura por la presencia francesa, ante la cual sólo una minoría reacciona con gesto huraño. Este esquema, válido hace años, ha cesado totalmente de responder a la realidad actual. La colonización agrícola, iniciada con tanto tesón como éxito por los colonos europeos después de la primera guerra europea, empezó a desplazar hacia las ciudades costeras a contingentes de campesinos en busca de trabajo. El crecimiento demográfico, las malas cosechas, la facilidad de comunicaciones, ha acentuado cada año más una concentración urbana que no es característica de Marrue-

cos. El desarrollo industrial, en particular en la costa, ha aumentado la demanda de mano de obra. Al llamamiento han respondido los campesinos. «Cerca de un millón de desarraigados procedentes de las tribus... van a integrarse en la vida del Marruecos moderno». Estos desarraigados, mano de obra sin especialización en su inmensa mayoría, aparcados en sus «bidonvilles», constituyen a estas alturas el proletariado marroquí, cuyo nacimiento, evolución, situación y estado de espíritu han sido objeto de un magnífico estudio (6) reseñado en su día en CUADERNOS; proletariado que es el factor que altera, como decía, el panorama sociológico marroquí. Pese a su islamismo, este proletariado no se diferencia excesivamente en sus características esenciales del que surgió en Europa a raíz de la industrialización del siglo pasado. Con cien años de diferencia se renueva el fenómeno. Para ambos, las estructuras tradicionales desaparecen, dejando al individuo aislado frente a una sociedad materializada, movida por el provecho económico y el afán de dominio. La miseria, la inseguridad de la condición obrera, el temor al paro o al despido crean una angustia permanente que determina una tendencia a buscar amparo en certezas y afirmaciones de masa que sustituyan la protección del cuadro tradicional derrocado. Así, de modo casi ineludible, el individuo acaba por integrarse en una organización. La necesidad de organizarse no ha surgido en Marruecos al mismo tiempo que ese proletariado, que es una de sus mayores novedades, aunque poco se mencione, novedad provocada por la industrialización del país. La falta de homogeneidad inicial entre los primeros grupos que lo constituyen, su bajo nivel cultural y su desconcierto ante formas occidentales de vivir han impedido el desarrollo simultáneo de un sindicalismo al margen de la política. Pero el tiempo ha ido modificando las condiciones en que se hallaban los primeros obreros marroquíes. A la larga, la convivencia de núcleos campesinos procedentes de tribus diversas, antes sin contacto entre sí y que hacían de Marruecos un país de compartimientos, el alejamiento del cuadro social familiar y de los recelos ancestrales hacia grupos humanos ajenos a la organización tribal, han acarreado una fusión. Ha dado lugar a un sentimiento de

(6) «Naissance du Proletariat Marocain» (*Cahiers de l'Afrique et l'Asie*, París).

pertenencia no ya a esta o aquella tribu, sino a Marruecos, y dentro de Marruecos al de constituir un nuevo estrato social que es suma de necesidades y ansias específicas. Por ello no se puede desligar el sindicalismo marroquí —expresión de un problema social— de un nacionalismo que es exponente de un problema político. Los dos forman un todo que rebasa ampliamente los límites estrechos que se ha venido asignando a la inquietud marroquí: la agitación de una minoría de intelectuales de las ciudades. Por falta de una orientación sincera, ajena a los intereses que reducen la obra de civilización al incremento de los dividendos, frente a la necesidad de una organización estructurada, el proletariado marroquí se ha entregado a quienes daban un sentido a su nuevo sentimiento de unidad nacional y ofrecían fórmulas de aparente validez para la resolución de su condición social, cual si la modificación de un estatuto político acarrearía automáticamente un cambio radical en el planteamiento del problema económico. En la actualidad el nacionalismo cala hondo en la masa obrera —ayer campesina, pero aún vinculada al campo por lazos familiares—; la propaganda de que es sujeto, opera, por otra parte, sobre la base de un substrato preexistente de xenofobia característica del bereber, de amor a la independencia y de solidaridad islámica. Además, esta propaganda tiene amplio motivo de difusión, centrándose en hechos concretos, cuales son la creciente carestía de la vida, la desigualdad de salarios, la tendencia al empleo de mano de obra especializada y técnicos europeos con total desprecio de la formación de mano de obra especializada y técnicos marroquíes y la ola de inmigración francesa que desde 1945 arroja la elevada cifra de unos 40.000 emigrantes por término medio que se instalan anualmente en Marruecos, convirtiendo el Protectorado en territorio de colonización masiva. Todos estos factores hacen coincidentes los puntos de vista del nacionalismo y los de la masa popular. Bien lo han tenido que admitir las autoridades francesas al detener sin distinciones, como las dos expresiones de un mismo hecho, a los miembros del sector más dinámico del Frente Nacional, el Istiqlal, y a los miembros de la Unión General de Sindicatos Marroquíes. Así los trágicos sucesos de diciembre de 1952 han puesto de manifiesto que de la agonía de la vieja organización marroquí de base rural, acelerada por el crecimiento económico del Protectorado que es obra en la que Francia tiene todo el mérito, nace

un alma colectiva que aún no ha hallado un camino propio ni formas personales de expresión, pero que es un hecho. Y como escribía recientemente una pluma francesa: «Todo puede ser detenido en el mundo por la policía, salvo los hechos».

Aparte de revelar aspectos complejos de una cuestión que con buen sentido propagandístico se ha tratado de simplificar y reducir al enemigo único, estos sucesos han coincidido con la discusión en la ONU de la petición del bloque arabeasiático como mera consecuencia de un sentimiento de solidaridad del sindicalismo norteafricano que no es un hecho aislado. El asesinato de Ferhat Hached, Secretario de los Sindicatos tunecinos, fué el motivo accidental de estos sucesos. El esencial, es evidente, escapa a la localización temporal y geográfica de una muerte inesperada que se produce fuera de Marruecos. Pero esta muerte resultó tanto más irritante por cuanto fué seguida de la detención de diversos dirigentes sindicales en tanto que un misterio, ciertamente bien enojoso para el Gobierno francés, entorpeció las gestiones de la Policía, encaminadas lógicamente a la detención de los asesinos (7). Nada más lógico que las circunstancias del asesinato del «leader» de los Sindicatos tunecinos, ferviente anticomunista y no menos ferviente nacionalista, tuvieran resonancia emotiva en sectores sindicales marroquíes que además dan muestras de inquietud política, si se considera el cuadro de conjunto del Africa del Norte francesa. Esta solidaridad y esta emoción las testimonió el pueblo de Casablanca respondiendo a un llamamiento de «la Unión de los Sindicatos a los obreros y al pueblo marroquí», publicado en *Al Alam* el 7 de diciembre, en una manifestación de

(7) El 17 de diciembre, ante la Asamblea Nacional, M. SCHUMAN dijo: «La investigación se prosigue con la máxima diligencia. Aún no se ha llegado a ninguna conclusión significativa. Pero nada será descuidado para que resplandezca la verdad, Francia, única responsable del mantenimiento del orden y la seguridad de Túnez, cumplirá sin desmayar esta misión sagrada. Seguirá protegiendo sin distinciones a franceses y tunecinos, con firmeza y sangre fría, pese a todas las provocaciones...» Tan bellas palabras no fueron seguidas de ningún resultado positivo, por lo que la viuda de Ferha Hached se ha mostrado parte, querellándose, en el proceso y ha encomendado el asunto al abogado parisino M. GEORGES IZARD, que se ha desplazado a Túnez con vistas a proseguir la investigación. Sus primeras gestiones han puesto de manifiesto fallos sensibles que trata de subsanar, cual el interrogatorio de determinados testigos que no fueron llamados a declarar, etc.

duelo pacífica que tuvo lugar en la tarde del mismo día 7 de diciembre. Y al día siguiente es la tragedia para el nacionalismo intelectual y popular; en proporciones mucho más reducidas también es la tragedia para los europeos víctimas de los sucesos. Sin embargo, para Francia, demandada ante la ONU, el balance del día aciago no arroja un saldo desfavorable, aunque cruelmente así sea a costa de vidas humanas.

Ya se había iniciado la discusión en la ONU cuando tales sucesos acaecieron. Toda la dialéctica de la delegación francesa estaba en la permanente tesis de la incompetencia de la ONU en este asunto exclusivamente francés (8). Pero sus argumentos jurídicos se ampliaron al fundamentarse en hechos concretos. Uno de ellos era la amenaza de subversión premeditada, organizada y ordenada por el comunismo puesto en un primer plano que altera la realidad de los demás factores operantes. Es como calificar de «manifestación de niños y mujeres» a las revueltas en que éstos cubren el grueso de las fuerzas. Pero el argumento de la subversión de esencia comunista logró, en particular, aproximar el punto de vista francés y el americano sobre la cuestión de Marruecos y Túnez, aun cuando antes de la Asamblea General aparecieran bastante distanciados. En efecto, después del voto americano a favor de la inscripción en segundo y tercer lugar de los asuntos marroquí y tunecino, que era tanto como obligar a Francia a comparecer ante la ONU, cuya competencia quedaba así en vías de ser reconocida, al votarse en 17 de diciembre tres resoluciones relativas al «derecho de los pueblos a disponer de sí», Estados Unidos votó contra el párrafo 3.º de la primera resolución, alegando que se había rechazado la enmienda americana al texto que se refería a los esfuerzos «para asegurar la participación directa de las poblaciones indígenas a los organismos legislativos y ejecutivos de esos territorios (dependientes) y de preparar estas poblaciones a la independencia». Esta sensible rectificación del rumbo que llevaba Estados Unidos no dejó

(8) No se dejó de hacer observar en Francia —por M. JUIN— que España, por no ser miembro de la O. N. U., se libraba de esta fiscalización de su acción protectora, cual si a Francia le hubiera coartado mucho el que España no perteneciera a la O. N. U. para llevar su granito de arena al «caso español» que era no el de un país protegido, sino soberano y puramente interno.

de influir en la votación final en que por 45 votos contra 3 y 11 abstenciones se aprobó la propuesta del bloque hispanoamericano en lugar de la que había presentado el bloque arabeasiático. De suerte que si bien se admitió la competencia de la ONU se descartó todo propósito de ingerencia inmediata en los asuntos del Protectorado, lo cual era una resolución de término medio a la que se asociaron los Estados Unidos más deseosos de actuar de palabra que de hecho contra su «fellowship» con Francia. Era todo cuanto podía esperar Francia en una discusión que inicialmente presentaba malas perspectivas, ya que en el orden internacional y por algún tiempo parece ser que se le ha concedido una tregua al expresar la ONU «su confianza en que, de conformidad con su política declarada, el Gobierno francés se esforzará por promover las libertades fundamentales del pueblo marroquí, de acuerdo con los fines y los principios de la Carta». A este horizonte internacional más despejado hay que agregar síntomas que incitan a pensar que la nación vecina espera poder aprovechar al máximo las oportunidades que se le brindan en Marruecos, una vez descartado el otro interlocutor de un diálogo cuyo tono llegó a agudizarse al extremo de retener la atención exterior. «Muerto el perro, muerta la rabia», es un sistema radical que en ocasiones ha resultado ser de gran eficacia política por lo cual es lógico que se intente aplicarlo.

Francia, por lo demás, en razón de las circunstancias, no aguardó a que se despejara la incógnita de la ONU para actuar en Marruecos, pero sin olvidar lo remoto para acudir a lo próximo. Quiero decir que Francia ha actuado no sólo en función de una situación de emergencia que no admitía espera, sino también con vistas a que quede apartado en adelante y hasta donde alcance el interlocutor más molesto. La versión residencial de los sucesos de diciembre, única que durante días conoció el mundo, era muy propia para alcanzar ambos objetivos. Así el mundo conoció la revuelta desencadenada por los manifestantes armados que asesinaron a ocho europeos, algunos imposibles de identificar, y agredieron a la Policía con orden de apoderarse de sus armamentos. Por lo cual la Policía abrió el fuego para defenderse, matando a 67 marroquíes — se dijo en un principio — e hiriendo a unos 200. Ciertamente se aclaró que las armas de que se trataba eran blancas, cuchillos y navajas, de uso habitual entre los trabajadores. Así apa-

recen en una fotografía de la revista americana *Life*. Este armamento rudimentario no se presenta como muy adecuado para un movimiento de tal envergadura que el Istiqlal hubiera «preparado con perseverancia y astucia en el curso de varias semanas» con el propósito de atraer sobre Marruecos la atención de la ONU, según palabras del Residente, general Guillaume, en el American-Club de París, a fines de enero. Por otra parte, esta preparación para el combate, realizada de acuerdo con el comunismo, concede un margen de optimismo al bloque occidental, ya que da mucho que pensar respecto a la capacidad de previsión y organización del secuz del Istiqlal. Como fuera, estos sucesos han provocado la adopción de una serie de medidas de variable energía. En primer término, señalo la simple expulsión de los elementos comunistas que, aunque cómplices de la jornada o héroes a la fuerza de la misma y pese a pertenecer a un partido prohibido en Marruecos, se llevaron la mejor parte, punto sobre el que volveré. Los miembros del Istiqlal fueron menos afortunados, empezando por su jefe accidental Si Mohammed Lyadizi. Detenidos y confinados todos los dirigentes de primera, segunda e ínfima magnitud, el partido ha quedado prácticamente desarticulado. El número total de detenidos y confinados no puede ser precisado a base de las cifras dadas en esos días, pues resultan muy contradictorias: 145, 510 y hasta 1.000. En los registros efectuados, aparte de las pruebas de la confabulación del Istiqlal con el comunismo, se halló material de propaganda procedente de Praga y Pekín, bases propagandísticas que no parecen excesivamente prácticas para enviar sistemáticamente folletos a Marruecos cuando en París, pongo por caso, no se ve que la actividad comunista esté excesivamente coartada. Esta redada fué seguida de interrogatorios que no han dado resultados de gran ni muy nuevo interés, a pesar de la aplicación de métodos ajustados a los últimos adelantos de la técnica policíaca (9). Tal vez sólo fueran llevados a la práctica en atención a la «barbarie marroquí» contra-

(9) *Life*, de 22 de diciembre de 1952, publica una fotografía que no ofrece dudas de ningún género respecto al método empleado por varios miembros de la policía francesa con un detenido marroquí, que si efectivamente está en la calle, como reza el subtítulo, muestra una calle vacía de cualquier otro elemento subversivo.

puesta a «misión civilizadora» del país protector. A este respecto es curioso observar con qué facilidad se asigna el término de *bárbaros* a los grupos humanos ajenos al propio. Sin embargo, si los pueblos como los individuos hicieran un examen de conciencia objetivo y humilde, como recomienda una sana terapéutica espiritual, se vería que los recuerdos que abarca la sola memoria de un hombre de nuestros tiempos, sea cual fuere el país a que pertenece, son suficientes para destruir el mito de la civilización o la barbarie vinculada a tal o cual pueblo. Recuérdese el espectáculo europeo entre 1940 y 1945.

Teóricamente, después de este enérgico intento para cortar el mal de raíz, la escena hubiera tenido que quedar expedita para una reanudación de las negociaciones con el Sultán sin la traba de una opinión contraria. Es un tópico decir que la realidad desconcierta, porque no se la puede apresar entre las mallas de la lógica, ese peón de los constructores de teorías inspiradas por su «verdad». Por ello no puedo eludir la mención de algunos hechos derivados de los sucesos de diciembre para diseñar el clima en que actualmente se desenvuelven las relaciones franco-marroquíes.

Con relación al papel desempeñado por el comunismo en la revuelta, que como ya he dicho acarrió la mínima pena de la expulsión de Marruecos de los elementos implicados, señalo que si bien en fecha 22 de diciembre se prohibió la circulación en Tánger de los diarios nacionalistas *Al-Alam*, *Al-Maghreb*, *Al-Istiqlal* y *Al-Ram El Alam*, no se tomó la misma medida con el periódico comunista *Es-poir*, lo cual reitera la sugerencia de que el comunismo no tuvo en las jornadas de Casablanca el volumen ni la actividad que circunstancialmente se le prestó, aunque no hay duda de que comunistas participaron en la manifestación. Como seguramente participaron tuercos, cojos y mancos, sin que su presencia fuera motor de la misma o le prestara el sentido de una protesta contra la integridad física. Asimismo es significativo que el Sultán en las declaraciones que hizo a raíz de los sucesos se limitara a expresar su condolencia por «las víctimas europeas y marroquíes», sin mencionar partido ni organización alguna; como es exponente de un sentir que no está vinculado a tal o cual formación política la huelga decretada el 19 de diciembre por el Partido Demócrata de la Independencia, de Hassán el Uazzani, rival del Istiqlal, que no fué un fracaso tan rotundo como para confirmar la tesis de que el dinámico Istiqlal, ya

desarticulado, era el único responsable de los disturbios. Pero la derivación más de subrayar de este período de la presencia francesa en Marruecos es que, a medida que ha ido pasando el tiempo, la confusión inicial sembrada por la información unilateral ha ido cediendo el paso en la misma Francia a un espíritu crítico del que retenemos particularmente la manifestación del Centro Católico de Intelectuales Franceses. A la vista de las contradicciones observadas en cuanto al número de víctimas y detenidos y otras precisiones obtenidas sin contar con la información de los partidarios del *statu quo*, expresado sin ambages en la fórmula «j'y suis, j'y reste», el Centro Católico de Intelectuales Franceses organizó el 26 de enero pasado una reunión que agrupó no sólo a los intelectuales de confesión católica, sino a personas disconformes con la acción gubernamental, pero no por ello dispuestas a llamar a la puerta marxista (10). Cito en particular al conocido historiador M. Ch.-A. Julien. En esta reunión se solicitó el nombramiento de una Comisión oficial para investigar el número exacto de víctimas, tanto europeas como marroquíes, así como las circunstancias en que se desarrollaron los hechos. Porque el aspecto primordial del número de víctimas ha sido objeto de sensibles variaciones que no han cesado por lo demás de registrarse aun después de la publicación de una nota oficial del Quai d'Orsay fijando en *unas cincuenta* las víctimas marroquíes. En el American-Club, el 30 de enero, dijo el Residente francés: «La cifra exacta de víctimas entre los revoltosos es de *treinta y tres muertos* marroquíes, contados e identificados». Posteriormente, en una conferencia de prensa, el mismo Residente, general Guillaume, se refirió a *unas cuarenta* víctimas. Idéntica confusión se observa respecto al número de detenidos.

Como era de suponer, esta ignorancia manifiesta respecto a tan graves sucesos o este propósito deliberado de escamotear la verdad era muy propio para conmover conciencias dominadas por un recto deseo de justicia. Con lo cual no pretendo decir que esta reacción

(10) El comunicado que publicó la Delegación de parlamentarios católicos (del M. R. P., del R. P. F., etc.) que fué a Marruecos para realizar, a título privado, una investigación sobre los sucesos de Casablanca, no ha modificado fundamentalmente la oposición a la gestión gubernamental en el Protectorado francés, que es la postura adoptada por grupos católicos ajenos a la vida parlamentaria francesa.

o bien otras similares (11) que se produzcan en Francia tengan por sí solas fuerzas suficientes para que los poderes franceses rectifiquen de un modo sustancial e inmediato su conducta política en Marruecos. La libertad de movimientos de los Gobiernos está coartada por muchos intereses vinculados al esquema teórico en que se pretende encerrar una realidad del Protectorado de la que algunos aspectos se han impuesto a la opinión. Por ello nadie puede ya afirmar de buena fe que las reivindicaciones marroquíes sean asunto de minoría susceptible de ser neutralizada mediante la detención o el destierro. Tampoco se puede esperar que las reformas que se llevan a cabo serán amañadas por Francia y formulariamente ratificadas por el Sultán. La agitación de Marruecos ha dado luz y aire a los propósitos reformistas y ha quitado a las reivindicaciones el carácter estrictamente político que se trató de prestarles. En adelante, las reivindicaciones serán consideradas desde un punto de vista más complejo, o sea político, social y económico. En cuanto al hartó traído y llevado extremo de «la injusticia de que Francia no pudiera participar en la administración de un país que en pocos años ha transformado y enriquecido» no es argumento que merezca ser retenido. El concepto jurídico de Protectorado no implica una hipoteca administrativa ligada al desarrollo económico del país protegido. Si tal fuera, se llegaría a una fórmula contrapuesta al sentido del Protectorado: «del Protectorado a la colonia». Pero como todo absurdo tiene cabida en la mente humana incluso hay quienes han acariciado el sueño de reforzar esta fórmula con la berberización —la hora H de El Glaui— de un país ampliamente arabizado.

Muchas y muy sorprendentes derivaciones tendrán aún los sucesos de diciembre de 1952. Pero por encima de un problema que plantean todavía con ciertos datos deliberadamente falseados habrá en el porvenir una constante que se desprende de aquellos sucesos, a saber: hay una gran parte de Marruecos que es nacionalista, aun cuando no toda ella esté al tanto del exacto contenido doctrinal del nacionalismo y de sus matices. Por ello, roto el Frente Nacional y caído el Istiqlal, puede ocupar su puesto el Partido Demócrata de la Independencia que, al parecer, a mediados de enero, ha buscado el contacto con la administración francesa a fin de reanudar las negociaciones francoma-

(11) En particular la campaña de la revista *Esprit*.

roquies sobre la base de su propio programa de reformas. Es decir, que cualquiera que sea a la postre el alcance numérico de la represión de Casablanca, la llama del reformismo no se ha extinguido en Marruecos ni pueden aplazarse o imponerse las reformas con el especioso pretexto de que no hay interlocutor para reclamarlas o discutirlas. Porque la cuestión no reside en que sea esta o aquella expresión del nacionalismo la que logre abrir una brecha en el sistema defensivo francés. La cuestión está en que los nacionalistas esperan recibir una satisfacción. En lo que respecta al sector indiscutiblemente amorfo de Marruecos, sobre el que descansan las esperanzas de futuro despejado a largo plazo de los adeptos del «j'y suis, j'y reste», no tiene en el complejo panorama marroquí un valor decisivo ni determinante. Mesonero Romanos escribía en sus Memorias que el recuerdo que conservaba del 2 de Mayo en Madrid era el alboroto y la inquietud de toda su familia por un chichón que se hizo al caerse. Una suma de familias preocupadas por el chichón de su vástago cuando se está solventando el porvenir de un pueblo no es ni ha sido nunca la auténtica expresión de la voluntad de ese pueblo.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA